

estado de conciencia. Se dice generalmente: pensar es juzgar. Wundt sostiene, al contrario, que el acto de juzgar no es primitivo; *que es un estado consciente que presupone una serie de estados inconscientes; que es el término de la operación, no la operación toda entera, la cual es un razonamiento, es decir, una síntesis de premisas.*

Wundt llega, pues, hasta el dintel de la teoría que aquí esbozo y más adelante desarrollo sobre la subconciencia, pero ahí se detiene. Da datos, pero como su fisiología no es bastante explícita y él no quiere entrar en la psicología racional, en la observación interna, no llega á formularla. Ni la palabra subconciencia emplea, limitándose á insinuar la existencia de hechos inconscientes. Pero ya hemos visto que lo inconsciente no es lo subconsciente. Le ocurre con la subconciencia algo semejante á lo que sucedió, respecto al origen del hombre á Wallace, cuyo estudio alcanza todas las especies, pero al llegar al hombre, para... Más aún: no hallándole una base fisiológica bien demostrativa, y encontrando su teoría sobre la *unidad de composición* de lo psíquico un tanto metafísica, Wundt la suprime de su tratado de psicología-fisiológica. Es que, en efecto, esa doctrina adolecía de estos defectos capitales: 1.º, no distingue claramente una zona intermedia entre lo inconsciente y lo consciente, la subconciencia; 2.º, el hecho de que los actos conscientes tienen forzosamente antecedentes subconscientes lo formula en un principio sintético y metafísico, el de la *unidad de composición*.

CAPITULO VI

**La conciencia y la voluntad son un mismo fenómeno:
la conciencia-voluntad.**

Hemos llegado ya á la conclusión de que una cosa con vida se diferencia de otra sin vida en que aquélla es una *unidad por sí (unum per se)* y ésta una *unidad ocasional (unum per accidens)*. Podría concretarse esta verdad, de alta trascendencia psicológica y metafísica, en las siguientes fórmulas: *Unidad accidental* (no organizada).= *No-vida; Unidad organizada*.= *Vida*.= *Paralelismo psico-físico*.

Ignoramos si las plantas poseen el sentimiento de su unidad *per se*; pero es evidente que todo animal lo posee. Este sentimiento de nuestra unidad psico-física se llama *conciencia* (en alemán *Bewusstsein*: *Bewusst*, conocimiento, *Sein*, ser)... ¿Qué es, cómo es, qué puede la conciencia?

¿Existe algo en nuestro espíritu que pueda independizarse de las condiciones físicas y psíquicas, del determinismo de los actos reflejos simples y compuestos? Encastílese el psicólogo en su propia alma; encienda adentro la vieja luz de la *interna visio*; piense como Leibniz que su alma «no tiene ventanas»; y diga: ¿no siente *algo* den-

tro de sí, algo muy vago y muy absoluto, algo muy indiferente y muy sensible, algo muy grande y muy pequeño, que podría resumirse en una sola palabra, *quiero*? ¿Es todo ello una ilusión de nuestra conciencia, proveniente de la complejidad y obscuridad de nuestros impulsos, ó hay realmente *algo* en nosotros que puede paliar ó desviar la fuerza de esos determinantes de la voluntad? ¿No recuerda nunca el psicólogo haber sentido en el alma algo como una balanza en cuyos platillos pesaban igualmente el pro y el contra de alguna acción, y no recuerda haber podido agregar de sí un *algo* que pesaba en esa balanza y desviase la aguja en uno ú otro sentido? ¿Qué es ese *algo*, ora tan fuerte que derriba montañas, ora tan débil que se abate por el peso de una hoja que le cae encima, arrancada de un árbol por un viento de otoño? Eso es, si existe, verdad ó ilusión, el «libre albedrío». Igualmente arriesgado me parece afirmarlo en absoluto, como en absoluto negarlo. Es un algo oscuro y simbólico; es una divinidad sin nombre ni residencia, versátil é incógnita, que nadie ha visto jamás, pero cuya influencia, fausta é infausta, aparece aquí y allá con signos inequívocos. ¡Adorémosla, mortales, contentémonos con adorarla! ¿Quién podrá investigar su esencia, si su esencia escapa á nuestros sentidos y nuestras facultades? Aceptémosla como misterio inagotable; el empeño de algunos psi-

cólogos y fisiólogos contemporáneos de llegar á penetrarse de su naturaleza, me parece tan absurdamente vano como el de los viejos alquimistas que querían descubrir la piedra filosofal... Pero la «piedra filosofal» era una utopía, y el libre albedrío es *casi* una utopía, *casi* una realidad...

De las premisas planteadas, la conciencia es *la suma coordinación* de nuestra psiquis. Es el núcleo ideal hacia el cual llegan, en conjunto, todas nuestras sensaciones, emociones, percepciones, imágenes y razonamientos. Llamárasela según los casos, la *sensación síntesis*, la *percepción síntesis*, la *idea síntesis*, la *facultad síntesis*.

Cada una de nuestras sensaciones se compone de muchas, pero muchas sensaciones elementales, casi imperceptibles *per se*. Un sonido cualquiera se compone de una gran serie de vibraciones que percibe en bloc nuestro oído; el sonido que llega luego á nuestro intelecto, provoca allí otra serie de sensaciones y despierta otra serie de estados de conciencia casi instantáneos y en sí casi inconscientes; éstos, á su vez, por las *leyes de asociación y contigüidad*, producen en nosotros otras nuevas y ya más elevadas series de emociones y aun imágenes. Lo mismo ocurre con cualquier percepción táctil, visual, olfativa, gustativa. Simultáneamente se experimentan percepciones de todos ó casi todos los sentidos. Nuestra psiquis armoniza ó coordina ese cúmulo

de impresiones, por una operación rápida é involuntaria. El *resultado total y continuo* de estas operaciones coordinantes es lo que nos produce la *sensación síntesis* de nuestra conciencia. *Cogite, ergo sum*; soy porque hay en mi un laboratorio individualísimo, que recibe todo lo exterior y lo *elabora*; si mi alma es un espejo, como dijo Leibniz, es un espejo poderosísimo que sabe buscar siempre la mejor luz, que refleja lo que quiere, toma nota, guarda imágenes, combina imágenes, y se reserva para sí el divino derecho de reducir las, en última instancia, á una sola entidad: Yo, el Yo de los metafísicos. *Esto* es la conciencia, algo como el centro en el que convergen todos los hilos de una complicadísima telaraña... Si mis centros nerviosos ó psíquicos no marcharan de común acuerdo; si uno á uno se independizasen de los demás y trabajasen por su cuenta, cuando yo me preguntara: «¿existo?», cada cual me contestaría con diversas y contradictorias sensaciones, percepciones, ideas y movimientos, y yo perdería la conciencia de mi Yo, único, armónico, absoluto. Mi psiquis sería un caos en el que yo carecería de estas impresiones capitales de mi vida: mi personalidad, mi libertad, mi voluntad. Entonces concebiría, si me fuera dado concebir, la no-existencia, la no-libertad, la no-voluntad. Mi personalidad se dividiría en una serie de personalidades anárquicas y acaso esclavas del

medio, de entré las cuales me sería imposible salvar la conciencia de mi ser, mis voliciones, mi Yo.

Lancemos una honda mirada en nuestro interior, veamos de qué se compone esta impresión capital de nuestra conciencia, y hallaremos *dos* elementos congruentes, íntimos, inseparables: el Yo y la voluntad, la existencia y la libertad, la vida y la volición. ¿Qué es, pues, esa parte integrante é indivisible de la conciencia, que tantas veces han separado caprichosamente los filósofos, y que han llamado, voluntad, volición, libre albedrío, libertad, una serie de testimonios que significan un mismo y único fenómeno psicológico?

Mientras viva poseeré dos sensaciones ó nociones: 1.^a, que existo; 2.^a, que soy capaz de querer. Lo primero es la conciencia; lo segundo, la voluntad.

Ahora bien; ¿podría poseer la primera sensación y no la segunda, ó viceversa, la segunda y no la primera? ¿Podré tener conciencia de que existo y no sentirme capaz de llegar á querer algo? ¿Podré saber que quiero algo y no tener conciencia de que existo? Evidentemente no: si sé que existo, sé que soy capaz de querer; si sé que quiero, sé que existo. Luego: la conciencia y la voluntad son dos condiciones íntimas, insepa-

rables, ó sea *un solo fenómeno psíquico*: la *conciencia-voluntad*. Este es el *hecho*.

¿Qué papel tiene este *doble hecho* de la *conciencia-voluntad*? ¿Es una duplicidad establecida ayer por el acaso, sin consecuencia alguna, y que el acaso puede mañana destruir, ó es un *hecho* fundamental y trascendente?

En la armonía universal nada existe si no debe existir; todo lo que existe tiene su papel y su objeto. «Nada hay de vil en la casa de Júpiter», decía Spinoza. «La sombra que acompaña al viajero, dice Maudsley, es una parte tan integrante del Cosmos como el viajero mismo». En la selección de las especies, lo que sobra desaparece; toda función tiene un órgano, todo órgano tiene una función; si la función no es necesaria, el órgano se atrofia. Pues bien, el *hecho* de nuestra *conciencia-voluntad*, si existe, debe tener sus funciones propias, que si no las tuviera, dejaría de existir. Para los que poseen una concepción mecánica del mundo, ¿qué fin capital tiene el *hecho* innegable de la *conciencia-voluntad*? Examínese detenidamente este problema. Para el determinismo materialista, «lo mismo es que Constantinopla fuera tomada por turcos conscientes que por turcos autómatas». Más aún, extremando los términos de la doctrina spenceriana, en la evolución y transformación de las fuerzas, es *posible* y aun *probable* que los animales lleguemos á perder por completo esta *enti-*

dad interna que llamo *conciencia-voluntad*... Pero tal hipótesis es absurda, porque se *halla en contradicción con los fenómenos naturales*. Importa nada menos que una negación categórica de las leyes de la lucha por la vida y de la selección de las especies, esbozadas por Darwin y corroboradas por la ciencia contemporánea.

Si la *conciencia-voluntad* fuera un *efecto accesorio*, ó, más bien, un *efecto superfluo* de nuestra psico fisiología; si fuera un *epifenómeno*, como le llama Maudsley, y no un fenómeno normal y necesario, *tendería á desaparecer* en la evolución de las especies. Uno de los corolarios más exactos de la ley de la selección es que todo *efecto innecesario para la lucha de la vida*, á vuelta de varias generaciones, desaparece. Sin embargo, la *conciencia-voluntad*, por el contrario, *se acentúa*. Luego no es un epifenómeno, un *sur-ajouté* como la llama Ribot, sino un eslabón indispensable en la armonía de los hechos. La teoría de la conciencia-epifenómeno es una consecuencia lógica del evolucionismo materialista monista. Porque si el darwinismo no niega la existencia posible de un principio psíquico ideal que mueve la evolución de especies, en cambio, el evolucionismo spenceriano niega la existencia de este principio, basándolo todo en una transformación mecánica de fuerzas materiales. ¡Cuánto más filosófica es la concepción darwinista, de la cual ésta

no es más que una deformación tan esquemática y tan caprichosa como las más audaces construcciones metafísicas! Admitamos, por consiguiente, el *hecho* de la *conciencia-voluntad*, sin entrar á investigar su naturaleza, ya que ello sería querer invadir la región de lo Incognoscible, así como admitimos, sin comprenderlos, los *hechos* de la Eternidad y del Espacio ilimitado!...

La *conciencia-voluntad* es, pues, un fenómeno al propio tiempo estático y dinámico: estático en cuanto á la conciencia en sí, dinámico en cuanto á la voluntad. Es una *impresión continua* que dura lo que la vida, y en la cual hay tres elementos: el espacio, el tiempo y el Yo. Sólo en la anestesia absoluta se pierde, y es ello lo que la diferencia psicológicamente del sueño y del sonambulismo. Mientras duermo, sé que existo, que ocupo un sitio en el espacio, que las horas corren; y si despierto después de un lapso de tiempo que he pasado cloroformado, mi primera sorpresa es que haya transcurrido ese tiempo, pues lo más extraño que notaré al volver en mí es que me parezca que desde el instante en que perdí conocimiento hasta el de despertar, no ha transcurrido ni un segundo. Acabo de oír la voz del médico que me dice: «Respire bien», antes de que me desvanezca, y siento inmediatamente la misma voz que me dice: «Todo ha concluído», después de una

hora ó más de operación, cuando me hallo ya reinstalado en el lecho.—Esta *continuidad* de la impresión de la conciencia, es una prueba irrefutable de que es un estado dinámico.

En efecto, ya Hobbes observó que «sentir siempre la misma cosa viene á ser no sentirla». Apliquemos esta regla, correlacionándola con la ley de Weber y Fechner, á la conciencia: ¿cómo, si la conciencia es *siempre la misma cosa*, la sentimos siempre? Es que la conciencia *no* es siempre la misma cosa: atraviesa por una serie de estados y modalidades. Y luego, ¿qué pueden ser estos estados ó modalidades sino las fluctuaciones de la voluntad? He ahí, por lo tanto, una prueba gráfica de que la conciencia no es una entidad estática que existe por sí misma, sino, simplemente, una *conciencia-voluntad*. Tan íntimamente unificados conceptúo los dos elementos que constituyen la *conciencia-voluntad*, como el hidrógeno y el oxígeno en el agua.

El fenómeno apuntado puede enunciarse así: *sentimos la conciencia como una impresión continua, porque es una sucesión de impresiones diferentes*. Es una sucesión de impresiones diferentes, porque es una *unidad múltiple*; es decir, una impresión única que resume muchas impresiones fragmentarias. Por esto puede ser *instable*. Luego la *continuidad* de la conciencia es un re-

sultado de dos condiciones: la *multiplicidad* de sus impresiones factoras y la *inestabilidad* de estas impresiones.

Pero este fenómeno que llamo *continuidad* de la conciencia no puede explicarse, como lo pretenden los psicólogos ingleses que lo han señalado, singularmente Bain, por la conciencia misma, como una sensación interna. Hay algo más que *forma parte* de esta impresión de continuidad, pues no se concibe la conciencia sin la voluntad ni la voluntad sin la conciencia. En los histéricos abúlicos, la disminución de la voluntad trae una pérdida correlativa de la conciencia. Poseen una voluntad casi nula, pero también una conciencia casi nula.

En el concepto mecánico del mundo del evolucionismo materialista monista, la voluntad no es más que un resultado de la transformación de fuerzas universales que marchan de lo homogéneo hacia lo heterogéneo. Luego la impresión interna que todos sentimos de nuestra voluntad es una engañadora ilusión. «El *Yo quiero*, sintetiza Ribot, comprueba una situación, pero no la constituye». A lo que contesta muy bien Fouillée: «El *yo quiero querer*, comprobando una situación comienza á constituir otra». Igualmente podría decirse: *yo quiero querer querer...* Y así de seguido se llegaría á un engranaje interminable de situaciones comprobadas que tienden á consti-

tuir voliciones. «El concepto empírico de la libertad, observa Schopenhauer, nos autoriza á decir: «Soy libre si puedo *hacer lo que quiero*». Pero estas palabras «*lo que quiero*» presuponen ya la resistencia de la libertad moral. Pues bien, es precisamente la *libertad de querer* lo que está ahora en cuestión, y sería necesario, en consecuencia, que el problema se planteara como sigue: «¿Puedes *querer lo que quieres?*»—lo que hará presumir que toda volición depende de una volición antecedente. Admitamos que se responda afirmativamente esta cuestión; en seguida se presenta otra: «¿Puedes también querer lo que quieres querer?» Y así se iría indefinidamente...» De ahí esta profundísima definición de Kant: «la libertad es el poder de principiar *por sí mismo* una serie de modificaciones». Esto es precisamente la voluntad para los evolucionistas materialistas monistas. Ahora bien; ¿esta *sucesión de causas* es una simple *transformación de fuerzas*, como ellos pretenden? ¿Es de origen puramente mecánico esa evolución ó progresión de voliciones, ú obedece á una impulsión x , expresión de una potencia ideal que no es fuerza ó materia, aunque se exterioriza por la materia y por la fuerza?

Para demostrar que «jamás se puede deducir el porvenir del pasado, ni limitar el porvenir por el pasado», se cita aquí una ley de la heterogeneidad» de Wundt, esbozada por Schopenhauer y

por Hartmann, según la cual «toda acción voluntaria produce siempre consecuencias que rebasan los motivos que la determinaron». Tal hombre realiza una acción con objeto exclusivo de lucrar y produce grandes beneficios á su país; otro, que, por el contrario, se ha propuesto favorecer á su patria, lucra pero lo perjudica, etc. A esta ley podrian responder los partidarios de un concepto mecánico del mundo, los evolucionistas materialistas monistas, con mucha lógica, que: la «ley de la heterogeneidad» no contradice sus doctrinas, por cuanto ellas desprecian las intenciones humanas, suponiendo á los hombres instrumentos automáticos de la transformación y evolución de las fuerzas...

Queda, pues, en pie la incógnita planteada. Para resolverla, debo recordar lo expuesto sobre «las dos hipótesis explicativas de la naturaleza de la idea, materialismo é idealismo», y las conclusiones á que he arribado: que reputo superior la hipótesis idealista por cuanto concuerda mejor con la observación interna; describe mejor los fenómenos del mundo real; y deja campo abierto á deslindar lo Cognoscible de lo Incognoscible.

Desde Aristóteles hasta Kant los filósofos atribuyen como causa absoluta de un acto voluntario, la voluntad (un *Deus ex machina*); los psicólogos y fisiólogos modernos buscan hoy el naci-

miento ó causa determinante (*Enstehung*) de la voluntad, hallándolo ora en el acto reflejo, ora en el instinto, ora en un principio psíquico ideal. Me parece que esta investigación implica, ó bajar infecundamente palabras ó invadir el misterio de lo Incognoscible. Creo que debe bastarnos el hecho de que poseemos una *conciencia-voluntad*, cuyo origen y naturaleza se pierde en la noche de la *Causa causarum*. Bástenos consignar y repetir bien claro que los problemas de la libertad, del determinismo, del libre albedrío, etc., pueden sintetizarse en ese único hecho: poseemos una *conciencia-voluntad* cuyo origen no nos es dado conocer. Lo único que podemos dejar por demostrado es que esa *conciencia-voluntad* no es un fenómeno aislado é independiente, sino *una forma*, la más concreta, del principio de la vida, de nuestra unidad de seres organizados, principio que arraiga en los actos reflejos é instintivos y en las operaciones de la subconciencia...

La distinción entre *conciencia general* y *conciencia de sí* que establecen algunos psicólogos modernos, resulta entonces vana... Si algo ha demostrado la psicología trascendental (Fichte, Schelling, Hegel, Jacobi, Schleiermacher, Schopenhauer) es que *conocemos el mundo subjetivamente*, ó sea por las representaciones de nues-

tra conciencia. Si hay una verdad universalmente aceptada hoy por toda psicología, es ésta. Dedúzcase de ella que en nuestra conciencia hay dos campos: la conciencia del mundo, «conciencia general», y la conciencia de nuestra individualidad, «conciencia de sí». Pero ¿cómo tenemos conciencia de nosotros mismos, sino *en relación al mundo?* ¿cómo, conciencia del mundo, sino *en relación á nosotros mismos?* Si nuestro Yo viniera aislado en el vacío absoluto, no tendríamos conciencia de nuestra existencia, porque nos faltaría un *término de comparación ó relación*; si elimináramos la sombra y todo fuera luz, no tendríamos conciencia de la luz por falta de ese término de comparación, de un fondo negro que haga resaltar las vibraciones de la luz. Este fondo relativamente al cual tenemos conciencia de nosotros mismos, es la conciencia del mundo. Luego, la conciencia del mundo no es más que, por contraposición, la conciencia de nosotros mismos. No existen, pues, *dos conciencias*, una general y otra individual; existe una *sola conciencia individual*, una sola conciencia del Yo, que se hace sentir por las representaciones que tomamos del mundo exterior como términos de comparación ó puntos de apoyo. Y esta conciencia es la *conciencia voluntad* que dejo descrita.

CAPÍTULO VII

Doctrina de la subconciencia-subvoluntad.

Desde el Renacimiento existe, puede decirse, más ó menos vaga, una «filosofía de la inconciencia» (*Philosophie des Unwebusztsein*), que ha contado, singularmente en Alemania, numerosos adeptos entre los más profundos pensadores. Dos fases ha asumido: la metafísica, que comprende á Descartes, Spinoza, Locke, Leibniz, Kant, Hegel, Carus, Wolff, Hartmann, Volkelt, Maine de Biran, Schopenhauer: y la psico-fisiológica, que se inicia con los materialistas coetáneos de Berkeley, y abarca luego á Colsonet, Laycock, Carpenter, Cobbe, Lewes, Thompson, Baldwin, etc. Las características de la primera fase son la admisión de las *idae innatae*, de Descartes, y la tendencia á construir deductivamente sistemas universales; las de la segunda, la argumentación inductiva y una cierta tendencia á asimilar las funciones fisiológicas vegetativas con las psíquicas, algunas de cuyas formas califica de «actos de cerebración inconsciente».

Para un observador que no aguce expreso su ingenio, el *hecho* de la subconciencia-subvolun-